

se remueve por el suelo en su lugar; se yergue y dirige su enorme boca abierta hacia Wotan y Loge.)

LOGE (*fingiendo asustarse*).—¡Oh! oh! serpiente tremenda! no me tragues! deja á Loge su vida!

WOTAN (*riendo*).—¡Bien, Alberto, bien! ¡Qué pronto se ha convertido el enano en gigantesco reptil!

(La culebra desaparece y en su lugar aparece Alberto.)

ALBERTO.—Con que, ¿me creéis ahora, sabios?

LOGE.—Ya lo ves; estoy temblando; te convertiste en un momento en serpiente; como lo ví, lo creo. ¿Pero así como creces, puedes hacerte pequeño é insignificante? Este sería el mejor modo de escapar pronto de un peligro. Pero... me parece demasiado difícil.

ALBERTO.—¡Demasiado difícil para ti, porque eres un tonto! ¿Á qué tamaño me quieres?

LOGE.—Tan pequeño que quepas en la más estrecha rendija en donde se esconde el sapo medroso.

ALBERTO.—¡Psh! nada más fácil, mira! «*arrástrate por el suelo, sapo!*»

(Desaparece. Los dioses ven acercarse á ellos un sapo.)

LOGE (*á Wotan*).—¿Ves aquel sapo? cógelo pronto!
(Wotan pone el pié sobre el sapo: Loge le coge la cabeza teniendo el casco en la otra mano.)

ALBERTO (*toma repentinamente su forma natural y se retuerce debajo del pié de Wotan*).—¡Oh! maldición! me ha descubierto!

LOGE.—Cógele fuerte hasta que le ate. *(Saca una cuerda y le ata con ella brazos y piernas. Entre Wotan y Loge arrastran al prisionero hacia la hendidura por donde han bajado.)* ¡Arriba! ¡Aprisa! Es nuestro.

(Desaparecen subiendo.)

ESCENA IV

Decoración de la escena segunda; finalmente aparece también el espacio libre sobre las alturas de las montañas,

sólo que ahora está como estaba después del robo de Freia, es decir, cubierto de pálida neblina. Wotan y Loge trayendo á Alberto atado salen de la grieta por donde descendieron.

LOGE.—¡Aquí, amigo! ya no te escapas! mira, querido, allí está el mundo que tú, despreciable criatura, querías dominar; dime ¿en qué rincón piensas ponerme una cuadra donde poder vivir?

ALBERTO.—¡Miserable usurero! pícaro! ladrón! desátame, afloja los nudos de las cuerdas con que me has atado de manos y piés; si no, te arrepentirás de tu atrevimiento.

WOTAN.—Eres prisionero y estás atado tal como tú ya veías al mundo y á cuanto en él se mueve y tiene vida. Estás encadenado á mis piés y lleno de miedo, no puedes negarlo; para salvarte sólo necesitas pagar un rescate.

ALBERTO.—¡Tonto de mí! ¿por qué dejé engañarme por estos embusteros? pero me vengaré y será atroz mi venganza.

LOGE.—Lo primero que tienes que hacer para poderte vengar es conseguir libertad; á hombre sujeto nadie paga la ofensa; si piensas en vengarte, piensa antes en tu libertad!

ALBERTO (*bruscamente*).—¡Pues decid qué queréis!

WOTAN.—¡Tus tesoros!

ALBERTO.—¡Codicioso! (*aparte*.) Mientras me quede con el anillo, puedo darles todo el oro, pues con él vuelvo á adquirirlo. Esto será tan sólo una lección que ha de enseñarme á ser otra vez más prudente; no la pago muy cara dándoles aquel montoncito.

WOTAN.—¿Nos entregas el oro?

ALBERTO.—Soltadme una mano y mandaré que lo traigan. *(Loge le desata la mano derecha. Alberto se coloca el anillo en los labios y murmura el mandato.)* Bueno, mandé á los nibelungos que me trajesen el tesoro

y oigo que, obedientes á su señor, suben á la luz del día. Ahora deshacedme estas malditas ligaduras.

WOTAN.—Antes tienes que haber pagado todó tu rescate.

(*Los nibelungos salen de la grieta cargados con los tesoros*).

ALBERTO.—¡Qué ignominiosa vergüenza el que esos tímidos criados me vean atado! Conducidlo todo allí, como yo os lo mando! Amontonad las riquezas! ¿tendré que ayudaros? holgazanes, aprisa, aprisa: y ahora idos; pobres de vosotros si no os encuentro trabajando! Os voy á seguir luégo paso á paso.

(*Después de haberlo amontonado todo, se deslizan espantados por la grieta*).

ALBERTO.—¡Ahora ya he pagado; soltadme! y devolvedme aquel yelmo que tiene Loge en la mano.

LOGE (*arrojando el casco en el montón*).—Al vencedor corresponde el botín.

ALBERTO.—¡Maldito ladrón! Paciencia! el que me hizo este me forjará otro: aún conservo el poder que hace obedecer á Mime. Malo es, en verdad, dejar en poder del enemigo astuto defensa tan poderosa! Soltadme! ya os lo di todo.

LOGE (*á Wotan*).—¿Estás satisfecho, le suelto?

WOTAN.—En tu dedo reluce un anillo; también pertenece al rescate.

ALBERTO (*sobresaltado*).—¿El anillo?

WOTAN.—Tienes que entregarlo por tu rescate.

ALBERTO.—¡Quitadme si queréis la vida, pero no la sortija!

WOTAN.—¡Quiero el anillo! De tu vida haz lo que quieras!

ALBERTO.—Si rescato mi cuerpo y mi vida, con ellos tiene que ir el anillo; no me pertenece menos de lo que pertenece á mi cuerpo la cabeza!

WOTAN.—¿Al anillo llamas tu propiedad? ¿deliras por

ventura? Di la verdad: ¿á quién has robado el oro con el cual forjaste tu poderoso anillo? ¿Era acaso tuyo lo que arrancaste de la profundidad de las aguas? Pregúntales á las hijas del Rhin si te regalaron el oro que para forjar el anillo les robaste.

ALBERTO.—¡Desvergonzado! Pérfido! Me echas en cara, miserable, lo que de tan buena gana hubiese hecho tu sórdida codicia! ¡Qué satisfacción la tuya si hubieses podido robar al Rhin su oro! ¿Crees que es tan fácil alcanzar el poder de forjar el anillo? Que suerte has tenido, hipócrita, de que el nibelungo accediendo á ignominiosas condiciones, ganase con el anillo, que ahora te sonríe, su mágico poder. ¿Esta acción maldita é ignominiosa sirve para divertirte? ¡Guay de ti, dios ambicioso! Si yo cometo un crimen, no falto más que á mí mismo; pero si robas tú el anillo, tú, por ser eterno, faltas á todo lo que existió, existe y ha existido!

WOTAN.—¡Dame el anillo! por más que hables no me probarás que tengas ningún derecho sobre él.

(*Le arranca á Alberto, de viva fuerza, el anillo del dedo*).

ALBERTO (*lanzando un grito terrible*).—¡Maldición! arruinado! Seré el esclavo más vil de todos los esclavos!

WOTAN (*se ha puesto el anillo en el dedo y lo contempla con satisfacción*).—Al fin tengo lo que dará poder, lo que me hará el hombre más poderoso de la tierra.

LOGE.—¿Puedo soltarle?

WOTAN.—¡Suéltale!

LOGE (*desatando á Alberto*).—Libre estás ya, vete.

ALBERTO (*se levanta del suelo, riendo con rabia*).—¿Con que estoy libre? libre de veras? ¡Pues entonces llevas el primer saludo á mi libertad! Así como por maldición obtuve este anillo, maldito sea ahora! Á mi me dió su oro riquezas y poder sin límites; pues ahora dé su magia, á quien lo lleve, la muerte! Nunca acompañe

la alegría al poseedor; á nadie sonría su brillo; véase rodeado su dueño de pena é inquietud y atormente la envidia á quien no lo sea. Que su dueño lo posea en paz, pero que le atraiga al verdugo! Sea el miedo el constante tormento del condenado á muerte, y la vida, eterna agonía para el esclavo del anillo, hasta que vuelva á pasar lo robado á mis manos! Así, bendice en el momento supremo á su tesoro el nibelungo! Quédate con el anillo y guarda, que de mi maldición no te escaparás! *(Desaparece).*

LOGE.—¿Has oído su amoroso saludo?

WOTAN *(extasiado contemplando el anillo)*.—¡Déjale este placer! *(Poco á poco va aclarándose la neblina).*

LOGE *(mirando á la derecha)*.—Fasolt y Fafner se acercan trayendo á Freia.

(Por el otro lado llegan Fricka, Donner y Froh).

FROH.—¡Volvieron!

DONNER.—Bien venido, hermano.

(Lleno de angustia se acerca á Wotan).

FRICKA.—¿Me anuncias algo bueno?

LOGE *(señalando el montón)*.—Con fuerza y astucia logramos nuestro deseo; allí está lo que ha de rescatar á Freia.

DONNER.—Por allí viene, de la prisión de los gigantes.

FROH.—¡Cómo vuelve á embalsamar el aire fresca brisa! Qué desgracia sería, estar para siempre separados de ella, que nos da juventud inmarcesible y con ella sus alegrías!

(La parte de delante del escenario vuelve á iluminarse y recobran los dioses su perdida juventud: el fondo está aún cubierto de nubes que impiden distinguir el castillo. Aparecen Fasolt y Fafner conduciendo á Freia entre los dos.)

FRICKA *(abalanzándose hacia Freia para abrazarla)*.—¡Hermana querida, mi dulce alegría! ¿volverás á ser mía?

FASOLT *(impidiéndoselo)*.—¡Alto! no tocarla; aún es nuestra. Venimos de los montes de Riesenheim; hemos guardado fielmente la prenda que ha de asegurarnos la fidelidad del contrato, y la devolvemos, si nos entregáis lo que hemos exigido.

WOTAN.—Pronto está el rescate. Medid la cantidad que exigis.

FASOLT.—El no ver más á esta hermosa mujer me causa mucho pesar; pero puesto que así ha de ser, echad tal cantidad de oro que no pueda verla y así podré olvidarla mejor!

WOTAN.—Pues así poned la medida según el tamaño de Freia.

(Fafner y Fasolt hincan la clava en el suelo, delante de Freia, marcando así su altura y su anchura).

FAFNER.—Plantadas están las estacas según la medida de la prenda; ahora amontonad entre ellas el oro.

WOTAN.—Amontonadlo pronto. El verlo me repugna.

LOGE.—¡Ayúdame, Froh!

FROH.—Voy á ayudarte á terminar la afrenta de Freia.

(Loge y Froh amontonan precipitadamente las alhajas entre las estacas).

FAFNER.—No lo pongáis tan suelto; llenad y apretad bien la medida. *(Con fuerza brutal estruja el contenido; se agacha para ver si descubre alguna abertura)*. Aquí; aún veo al través, llenadme este vacío!

LOGE.—¡Atrás, grosero, no toques nada!

FAFNER.—¡Aquí, tapad bien esta rendija!

WOTAN *(apartándose descorazonado)*.—Siento en el pecho arder esta afrenta.

(Tiene la mirada clavada en Freia.)

FRICKA.—Mira cuán avergonzada pide rescate la pobre. Ay! hombre perverso, ve lo que hiciste!

FAFNER.—Aún más aquí!

DONNER.—No sé cómo contener el furor que me cau-

sa este miserable gusano! Ven acá, perro maldito! ya que quieres medir, ven y mídete conmigo!

FAFNER.—Calma, Donner! de nada sirve tu cólera!

DONNER.—¿Crees, miserable, que no me sirve ni para aplastarte? *(Levanta el brazo).*

WOTAN.—Haya paz! paréceme que ya está cubierta Freia.

LOGE.—Agotado está el tesoro.

FAFNER *(midiendo con la mirada)*.—Aún veo ondear el cabello de la hermosa Freia: arrojad al montón aquel casco!

LOGE.—¿Cómo, también el yelmo?

FAFNER.—Traedlo pronto!

WOTAN.—Dáselo!

LOGE *(arrojando el casco al montón)*.—Ya no nos queda nada! ¿estáis contentos?

FASOLT.—Ya no veo á Freia la hermosa! ¿está rescatada? ¿tendré que abandonarla para siempre? *(Se acerca y mira al través del montón)*. Oh dolor! aún brilla su refulgente mirada, aún me alumbra esta divina estrella: la veo á través de una rendija! mientras contemple esos ojos divinos no me separo de esta mujer!

FAFNER.—Eh! os aconsejo que tapéis esta abertura!

LOGE.—No ves, insaciable, que ya os hemos dado todo el oro!

FAFNER.—Te equivocas, amigo! en el dedo de Wotan brilla una sortija; dáme-la para que con ella cubra aquel hueco!

WOTAN.—Cómo! ¿este anillo?

LOGE.—Recordad que aquel oro no es suyo, que pertenece á las hijas del Rhin á quienes se lo devolverá.

WOTAN.—¿Qué estás charlando? lo que me gané con tanto trabajo lo guardaré para mí!

LOGE.—Comprometida está la palabra que dí á las que gemían, pidiéndome el oro que se les robó.

WOTAN.—Á mí no me obliga lo que tú prometiste. Me quedo, como botín, el anillo.

FAFNER.—Pero tendrás que ponerlo aquí como rescate.

WOTAN.—Pedid lo que queráis: todo os lo daré, pero por nada del mundo os entrego el anillo!

FASOLT *(enfurecido, saca á Freia de detrás del montón)*. Pues á lo dicho; Freia será para siempre nuestra!

FREIA.—Socorro! ayuda!

FRICKA.—¡Dios implacable! dales lo que te piden!

FROH.—No ahorres el oro, dáselo!

DONNER.—Entrégales el anillo!

WOTAN.—Dejadme en paz! No suelto el anillo!

(Fafner retiene á Fasolt que estaba á punto de marcharse; todos permanecen aturdidos; Wotan encolerizado se aparta de ellos. El escenario ha vuelto á oscurecerse; de la gruta del lado sale un resplandor azul: en él, Wotan percibe á Erda, que sale hasta medio cuerpo de la profundidad; es de hermosa y noble figura y su cabellera negra le rodea el cuerpo.)

ERDA *(extendiendo á Wotan la mano, con ademán de advertencia)*.—Accede, Wotan, accede! Aléjate y huye de la maldición que encierra el anillo! si lo conservas te será imposible librarte de las desgracias que aca-
rea.

WOTAN.—¿Quién eres tú, que tal aviso me das?

ERDA.—Sé todo lo del mundo infinito; lo que ha sido, lo que es y lo que será! Erda te predice un peligro que te amenaza. Mis entrañas dieron á luz tres hijas. Lo que veo te lo dicen ellas cada noche. Pero hoy un gran peligro me trae aquí: oye! cuanto es, tiene fin; un día triste amanece para los dioses: suelta el anillo; te lo aconsejo!

(Se hunde hasta el pecho, y el resplandor azul empieza á oscurecer).

WOTAN.—Detente! tu voz me pareció misteriosa: espera, dime algo más!

ERDA (*desapareciendo*).—Te advertí el peligro y esto te basta: te amenazan cuidados y angustias.

(*Desaparece del todo*).

WOTAN.—¿He de temer algo y vivir con zozobra? voy á retenerte para saberlo todo!

(*Se dispone á entrar en la cueva para coger á Erda, pero Donner, Froh y Fricka le detienen*).

FRICKA.—¿Qué intentas, desdichado?

FROH.—Detente, Wotan! respétala y atiende á sus palabras!

DONNER.—Habéis oído! gigantes: atrás y aguardad! se os dará el oro.

FREIA.—¿Puedo esperarlo? ¿juzgáis á Freia digna del rescate?

(*Todos miran ansiosos á Wotan*).

WOTAN (*que estaba sumido en sus propios pensamientos, hace un supremo esfuerzo para tomar una resolución*).

—Con nosotros, Freia! estás rescatada! devuélvenos nuestra perdida juventud! Tomad, gigantes, ahí tenéis vuestro anillo!

(*Arroja el anillo al montón.—Los gigantes sueltan á Freia; ésta, llena de alegría, se dirige á los dioses que la colman de caricias.—Fafner extiende un enorme saco para recoger todo el montón*):

FASOLT (*arrojándose sobre el hermano*).—Detente, egoísta! á cada cual su parte!

FAFNER.—Más que el oro te gustó Freia! bastante trabajo me costó el hacerte mudar de opinión; tú te hubieras quedado á Freia para ti solo; repartiré el tesoro, pero me quedaré con la parte mayor!

FASOLT.—Miserable! ¿á mí tal injuria? (*Dirigiéndose á los dioses*). Á vosotros acudo para que seáis los jueces; repartidnos el tesoro!

(*Wotan les vuelve la espalda en señal de desprecio*).

LOGE.—Déjale con todo el montón y quédate el anillo!

FASOLT (*se arroja sobre Fafner que en tanto ha empa-*

quetado una gran cantidad).—Atrás, usurero! la sortija es mía; se me dió por la mirada de Freia!

(*Echa mano al anillo*).

FAFNER.—Quita allá, el anillo es mío!

(*Luchan; Fasolt arranca á Fafner el anillo*).

FASOLT.—Ya lo tengo; mío es!

FAFNER.—¡Guárdalo bien, no lo sueltes! (*Da á Fasolt un golpe terrible con su estaca y lo tiende al suelo agonizando. En seguida le quita el anillo*).—Ahora acecha las miradas de Freia... lo que es el anillo ya no lo ves más.

(*Mete el anillo en el saco y acaba luégo de empaquetarlo todo con gran calma.—Todos los dioses se quedan asombrados. Sigue un largo intervalo de silencio sepulcral*).

WOTAN.—¡Cuán terrible se me representa ahora la fuerza de la maldición!

LOGE.—¿Hay algo, Wotan, que pueda compararse con tu suerte? Mucho te conquistó el anillo, y el haberte visto obligado á cederlo te ha dado aún mucho más; mira: tus propios enemigos se destruyen con el oro que les diste.

WOTAN (*profundamente conmovido*).—De mí se apodera profundo temor; miedo y ansia fatal me roban los sentidos; Erda me enseñará á evitar la desgracia: he de bajar á buscarla.

FRICKA (*se acerca á Wotan con cariño*).—¿Por qué piensas en alejarte, Wotan? ¿No te atrae halagüeño aquel hermoso castillo que sólo espera con impaciencia la llegada de su señor, para acogerle como á su predilecto huésped?

WOTAN.—Á caro precio pagué el edificio!

DONNER (*señalando hacia el fondo que aún está cubierto de espesa neblina*).—Esos sofocantes vapores suspensos en el aire me molestan; reuniré las pálidas nubes formando de ellas una tempestad de rayos y truenos para que después de la tormenta luzca claro y en calma el cielo. (*Ha subido á una roca elevada en la vertiente*

que va á parar á la llanura y alza su martillo.) ¡Hola! Vapores y nubes, venid á mi; Donner, vuestro señor, os lo manda. Obedeced á la voz de este martillo! Nubes cargadas de vapores, reuníos, Donner os lo ordena! (Las nubes se han reunido á su alrededor de modo que va desapareciendo completamente en un nubarrón que se ennegrece cada vez más. Óyese, luégo, un golpe seco producido por el choque de su martillo contra las rocas; brota el rayo de la nube y acto seguido retumba el cóncavo són del trueno.) Hermano, vente conmigo! Enseñale el camino que conduce al puente!

(Froh ha desaparecido en la nube. De pronto se desvanece ésta; Donner y Froh reaparecen; delante de ellos se extiende, sobre el valle, hasta el castillo, un arco iris que iluminado ahora por el crepúsculo vespertino brilla con vívido esplendor.—Fafner que al fin ha concluido de llenar el saco, junto al cadáver de su hermano, ha desaparecido, cargando su fortuna en hombros, mientras Donner regia la tempestad.)

FROH.—Al castillo conduce este puente ligero, pero firme. Pasad por él sin temor.

WOTAN (extasiado contemplando el castillo).—¡Qué hermoso reluce el alcázar bajo la mirada del sol poniente! Á la luz del crepúsculo matutino, brillaba tentador y sin dueño, mientras yo admirado lo contemplaba! Cara nos sale su conquista; desde la mañana hasta la tarde, cuántas angustias y cuántos pesares hemos pasado por él! La noche se acerca: él nos protegerá de su envidia. Así pues, libre de zozobras y temores, yo te saludo, alcázar mío! (Á Fricka.) Sígueme, esposa, vamos á vivir en nuestro Walhalla!

FRICKA.—¿Qué significa esa palabra? En mi vida la oí pronunciar.

WOTAN.—Cuando lo que inventó mi valor dominando al miedo, lo veas realizado ante tus ojos, entonces la comprenderás.

(Wotan y Fricka se dirigen al puente: Froh y Freia los siguen, y tras ellos Donner.)

LOGE (permaneciendo en el proscenio y mirando á los dioses).—¡Cómo corren hacia su fin, los que tan fuertes se creían! Casi me avergüenzo de tener algo que ver con los tales! De buena gana me volvería á convertir en ardiente llama para destruirlos en vez de perderme con ellos. Y aunque fuesen los dioses más divinos, no me parece mala la idea; lo pensaré bien: veremos!

(Corre para juntarse, con aire de desprecio, á los dioses. En lo más hondo suena el canto de las tres ninfas del Rhin.)

LAS TRES NINFAS DEL RHIN.—Oro del Rhin! oro purísimo! por ti gemimos, por ti que con tanto cariño y con tan suave brillo nos iluminabas! ¡Oh! devolvéd-noslo, dadnos el oro puro!

WOTAN (al ir á poner el pié en el puente, se detiene volviendo el rostro).—¿Qué quejas escucho?

LOGE.—Son las hijas del Rhin que lamentan el robo del oro.

WOTAN.—¡Pícaro maldito! Hazlas callar!

LOGE (gritando hacia la profundidad del valle).—Vosotros, hijas del agua, escuchad lo que os dice Wotan. Ya que no os ilumina el brillo del oro, regocijáos con el nuevo esplendor de los dioses.

(Los dioses se rien y pasan el puente.)

LAS NINFAS DEL RHIN (desde el fondo).—Oro del Rhin, oro puro! Oh, si aún brillases con tu esplendor en el fondo de las aguas! Sólo en el fondo de las aguas hay sinceridad y franqueza; lo de allí arriba todo es cobardía y fingimiento.

(Los dioses han atravesado el puente. Cae el telón.)